

ROBERT BYRON

GRECIA, VIAJE AL MONTE ATHOS



230-272
5710

THE STATION

I
An English Year (up 4,000)

Despite the opposition of the dogs, whom
 the twice daily ritual of ^{the paper life!} at life time cannot
 rewrite to the post man, letters from
 foreign countries arrive in the afternoon
 Each word of stamp & post mark each
~~value substitution for King George's~~ advertisement
 a break in the monotony of days; each
 reveals or penetrates, or is a non
 fact of a standard world. But latterly
 another kind has come, strangely addressed
 stranger & the within "we learn" run
 one "that you are safely returned to
 your own glorious country and are already
 in the hands of your dearest ones, enjoying
 the best of health. P. S. we have
 experienced no cold this year hitherto.
 "I am proud" says another "that the
 all-countrifal god has allowed us to see
 you again. may he guard you
 from all evil world without end.
 Send me from England 10 metres of
 black stuff ~~to~~ that I ^{may} make a gown.
 As the unfamiliar hieroglyphics enroll, ~~in~~
~~language~~ ~~of~~ ~~the~~ ~~day~~ ~~in~~ ~~some~~ ~~memory~~
~~of~~ ~~the~~ ~~senders~~, then follows ~~of~~ ~~the~~ ~~weeks~~
 their company. Till the whole scurrion into
 then impalpable world stand defined.

I
EL LEVANTE

EL SOL, PUNTUAL A LAS ocho, se estrelló contra las puertas del armario de enfrente con una fuerza que estremeció todo mi cuerpo y me hizo exhalar un largo y profundo suspiro. Los haces de luz comenzaron a agitarse por encima de la cama sincronizados con los latidos del corazón. El día de la partida había llegado; día, en otro sentido, del retorno.

Aquella tarde me dirigí a Londres, y la mañana siguiente la dediqué a ir de compras. El gerente de tan importante establecimiento, Fortnum & Mason, improvisó unos versos alabando el contenido de las alforjas de viaje. Seis latas de chocolate de una libra, dos de salsa picante, un sifón en su caja de madera, que se parecía a una gallina clueca, pastillas, artículos de aseo y papelería que se han ido acumulando, junto con un tintero de donde fluyen estas palabras mágicas. Sin embargo, a fin de hallar un repelente contra los insectos que aguardan con insidiosa paciencia a los escasos inquilinos de esos malolientes hostales, desafié el escepticismo de todos los farmacéuticos de una punta

a otra de Londres. Soy afortunado por tener, sin embargo, cierto repugnante atributo físico, que aunque no me hace inmune a las cosquillas, sí, a los picotazos.

A las 10:51 del viernes 12 de agosto partí de la estación Victoria, rodeado de maleta, mochila, alforjas, caja de sombreros (que contenía además de un panamá, toallas y fundas de almohada), una caja de sifones y un pretencioso maletín donde llevaba una obra no muy conocida de Edgar Wallace y cartas de presentación para toda clase de dignatarios extranjeros, desde oficiales de aduanas a altas jerarquías eclesiásticas. Sólo cuando el tren arrancó me di realmente cuenta de que había perdido las llaves de todo mi equipaje. Afortunadamente, el carpintero del ferry me consiguió llaves de repuesto para todo, menos para la maleta. Entre tanto, los problemas parecían esfumarse a medida que me concentraba en las páginas del probablemente mayor maestro inglés de ficción en las que se desvelaban las truculentas fechorías de Harry Alford, décimo octavo conde de Chelford. Su lectura se vio atemperada más tarde por los artículos del *Central European Observer*, una publicación nueva para un devorador de periódicos como yo, cuyo título había llamado mi atención como si se tratara de un fruto succulento sacado de un anodino montón de semanarios liberales y de publicaciones trimestrales conservadoras.

Las aguas en el canal de la Mancha andaban revueltas; aunque con la tarea de abrir mi equipaje, la compañía del carpintero bebiendo cerveza y el delicioso espectáculo de los arrogantes pasajeros abandonados a su suerte, el viaje se me pasó sin darme cuenta. Una alegría infinita me sobrevino al contemplar los enormes vagones del *Train Bleu*. Para viajar cómodo nada hay comparable a esta especie de palacio rodante. Acurrucado en un asiento de terciopelo azul de un compartimento individual, atravesé por la tarde las tierras francesas en un delicioso estado de semiinconsciencia. Por fin, llegamos a París, las compactas cúpulas del Sacré Coeur se elevaban

níveas bajo los amenazantes y oscuros nubarrones. Lentamente sorteamos la *ceinture*, contemplando la intimidad más descarnada de los barrios más modestos que quedan al descubierto durante el recorrido de la línea principal de cualquier gran ciudad: figuras desesperanzadas que, presas de su propio desánimo, piensan en sus preocupaciones al paso del tren; niños correteando por las terrazas de los edificios; prendas asexuadas, con remiendos, alguno con los inevitables cuadros escoceses de insulso diseño; plantas y flores lozanas que se ponen mustias debido al entorno; es todo un escaparate de la miseria humana, o por lo menos eso le parece al espectador. En la Gare de Lyon, el tren se dividió en dos, recogió nuevos pasajeros y partió hacia el Sur.

La cena fue apoteósica. Tras dormir acunado por las nubes, me desperté ya en Avignon. Y el sol salió por encima de una barbería de Marsella.

Quedaba todavía pendiente abrir la maleta, que aún seguía cerrada. En una calle cercana un cerrajero de generosa envergadura y su huraña mujer se pusieron a la tarea de fabricar la llave adecuada. Después de una hora su paciencia se colmó y gracias a un taladro consiguieron soltar la tapa del cierre superior. Una vez abierta, se necesitaba una correa para cerrarla de nuevo, por ello y con gran indignación por parte de la antipática mujer, el cerrajero y yo salimos de la tienda. Con la llegada de las «bolsas con cremallera», los cierres convencionales dejaron de fabricarse. Recorrimos calle tras calle a toda prisa, ya que el cerrajero despreció mi idea de coger un taxi —*nunca* lo había hecho—, deteniéndonos una y otra vez para que yo dirigiera mi mirada a un grupo de larvas que se aferraban, por medio de algún proceso de succión estomacal, a los bordes de la fuente municipal. Cumplida la misión, acoplé cuerpo y equipaje en un auto diminuto y, tras enviar un telegrama a Atenas informando de mi llegada, me dirigí al muelle.

El *Patris II* flotaba silencioso y vacío. Me mostraron mi camarote, tras lo cual me puse a explorar los rincones del barco. Era temprano; como apenas había sobrecargos a bordo resultaba difícil conseguir una cerveza y un sándwich en el bar. Sin embargo, según avanzaba la tarde, se acabó la tranquilidad. Una multitud en cubierta se despedía de otra que estaba en tierra, apiñada contra un interminable muro de ladrillo. Había dos violinistas y un arpista cuyas notas desafinadas se perdían por el aire. A unos diez metros de distancia, la melodía irreconocible de *Valencia* interpretada por una pareja andrajosa, despertó en mí recuerdos del año anterior. Una mujer gruesa, cuyos desnudos brazos morenos asomaban de manera poco armoniosa por un vestido de seda, comenzó a llorar. Cuando llegó la hora del té, nos alejamos del muelle, atravesamos el enorme puerto, rodeamos el espigón exterior, viramos y pusimos rumbo hacia el Este.

El *Patris II* es un buque blanco, decorado por Waring & Gillow y con las instalaciones sanitarias de Shanks, orgullo de la compañía naviera que tiene el mismo nombre que yo. Los camarotes de primera presumen de tener un tocador de señoras decorado en madera de sicomoro y un brocado rosa, un salón de caoba, un salón de fumadores y un bar. Los pasajeros eran, en su mayoría, griegos, ataviados a la última moda, cada uno de los cuales disponía de ropa suficiente para no tener que repetir modelo durante las dieciséis comidas del viaje. Los pantalones blancos y los bombachos malvas relucían sobre sus zapatos multicolores; corbata a juego con la camisa; joyas relucientes; vestidos ceñidos; labios pintados de rojo; y todos cambiándose continuamente de atuendo en vista del sofocante calor; entre tanto yo me hallaba tumbado, fresco y despreocupado, en camisa y pantalón. La música seguía sonando. Dos pianos y un gramófono nos amenizaban con notas de fox-trot y charlestón. Mientras, abajo en la proa, la fascinación de los instrumentos de cuerda animaba a los pasajeros de tercera, con

su bigotito y su abrigo negro a oír una música más sincopada. Algo inexplicablemente fruto del azar impregna el baile griego: el lento movimiento de un corro de campesinos sobre la línea del horizonte; el inspirado solo en una taberna ateniense; el aplaudido *pas-de-trois*, que levanta el polvo en una estación secundaria, ante el asombro de los pasajeros de un enorme expreso transeuropeo; este triste ritmo me hizo rescatar del olvido muchos recuerdos, hasta que la súbita irrupción del jazz me devolvió a Occidente.

Los pasajeros de primera clase se distribuían en grupos. A la hora de comer, la señora Venizelos se sentaba a la derecha del capitán, profiriendo palabras de cariño y consuelo a cuantos niños gateaban a su alrededor. A un lado de la mesa se encontraba, tratando de llamar la atención un antiguo descendiente de la estirpe ateniense de Melas, un capitán de la marina retirado, con el impresionante aspecto de un duque inglés de la década de los cuarenta: barba blanca y un largo mostacho; al otro lado sir Frederick Halliday, responsable de ese caos permanente en las calles de Atenas conocido como «la policía de Freddie». Otro de los grupos estaba formado por jóvenes de la colonia griega en París, quienes lucen a todas horas un atuendo deportivo diferente. Por la noche, había baile en la cubierta superior, que parecía una especie de techo inclinado cubierto de melaza. Por encima de sus cabezas la luna, como si fuera un enorme farol dorado sujeto al mástil, infundía pasión en los corazones de las parejas y dejaba, a su vez, un sendero de ondulante luz sobre el mar.

Las comidas se servían calientes como recién sacadas de unos altos hornos, y la temperatura parecía aumentar con el funcionamiento de los ventiladores. Todas impregnadas de un sabor a humo de vela, botón de muestra de esa terrible amenaza para el paladar que es la «comida griega»; aunque me resulta tan familiar como lo es, para un niño que vuelve del colegio, el olor de su armario de madera de cedro. El sobrecargo, de manera deliberada, sentó

a mi lado a un compatriota mío, quien, después de un silencio ininterrumpido de 36 horas, inició su conversación con estas palabras: «¿Transpira usted mucho?» Él después admitiría que le sudaba un poco la frente. A algunas personas les pueden sudar incluso las manos. A lo largo del viaje mantuvimos animadas charlas sobre las cualidades absorbentes de nuestras respectivas prendas interiores.

El barco tenía previsto llegar al Pireo el martes por la tarde. Aunque habíamos zarpado de Marsella puntualmente, no fue hasta última hora de la tarde de ese mismo día cuando apareció, aunque de manera borrosa, la costa occidental de Grecia. Pautinamente, divisamos las primeras estribaciones de las montañas del golfo de Corinto, una especie de acantilado gigante y desgastado obelisco, que surge suavemente del ondulado mar. Sus paredes, de un gris rosáceo y un azul luminoso, producen una sombra en su ladera oriental. Una neblina blanca sobre la costa nos anunciaba Patras. Un velero de tres mástiles pasó en ese momento a nuestro lado. Por la popa, el sol se ponía sobre una colina de color azul añil, que recordaba a las guirnaldas de un árbol de Navidad. Un último destello se filtraba a través de las olas; después tan sólo quedó un resplandor en el cielo, que inundó de luz las colinas e iluminó a una estrella al otro lado. Temístocles, el camarero, agitando ginebra y vermut, agudizaba los sentidos. Cayó la noche. La campana para llamarnos a cenar sonó una y otra vez. Finalmente, enmudeció, dejando a los pasajeros la libertad de ignorar la imposición de comer a una hora determinada.

La última tarde a bordo la dedicamos a la actividad más elegante entre la juventud griega, que se conoce como *jeux de société*. Empieza con una especie de juego plurilingüe con un sistema de penalización que obliga a pedir en matrimonio a la dama sentada enfrente, la noche finalmente acabó en un frenético juego

del escondite que sólo se interrumpió a la una de la madrugada al llegar al canal de Corinto. Arrastrado por un remolcador, el *Patris* entró lentamente en un estrecho pasadizo iluminado. A ambos lados se elevaban unos muros excavados en la roca tan altos como la punta del más elevado de sus mástiles. Una gran bocanada de calor, almacenada durante un asfixiante día, cayó a plomo sobre los pasajeros. Lentamente, sin embargo, cuando llegamos a la mitad del canal donde estaba el puente desde el que tiempo atrás había disfrutado de mi primera panorámica del Egeo, la capacidad de sorpresa fue desapareciendo, al punto de que la mayoría de los viajeros ya se habían quedado dormidos antes de que finalizara el viaje.

A la mañana siguiente el Pireo presentaba la imagen de ajeteo e inevitable caos que los grandes puertos siempre ofrecen. En ese momento, antes de que el sol estuviera en su cenit, un inquietante resplandor, una especie de película, cubría las paldas laderas y las casas blancas que rodean el puerto. Me estaba vistiendo tranquilamente cuando irrumpió Nicola, el descarado ayudante de un amigo ausente, venía afeitado, con el sombrero puesto y acompañado de un oficial naval de elegancia sin par a quien yo había observado con asombro cuando llegó a un costado del barco en una lancha. Tras hacer el equipaje y desayunar con ellos, me mezclé tranquilamente entre los pasajeros allí reunidos, que en ese momento refunfuñaban ante la perspectiva de una hora de espera debido a las formalidades médicas y del pasaporte; luego descendí por la pasarela del barco al bote. Así se favorecía a los mansos y a los humildes para envidia de los que los despreciaban. La actuación del *douanier* se vio facilitada gracias al principio del *laissez-faire* del embajador griego en Londres. Al cabo de unos minutos íbamos a 80 kilómetros por hora por la avenida Syngros, la mejor carretera del mundo, tan ancha como Whitehall, que va desde las columnas gemelas del

templo de Zeus, en Atenas, hasta el mar que está a más de tres kilómetros de distancia.

Los miles de edificios de la capital, con la Acrópolis asomándose desde su deteriorado pedestal, orientada hacia la izquierda, donde se encuentra situado el arbolado monte Lycabeto que domina su parte central, creaban el espejismo de un cascarón blanco en medio de un calor cada vez más sofocante. Llegamos al piso que iba a ser mi alojamiento. En ausencia de su dueño, la vivienda se había convertido en una fuente de ingresos para Nicola; y un arsenal de cuchillas de afeitar, restos de tarta y permanganato de potasio atestiguaban sus actividades como agente inmobiliario. En aquel momento una vieja mujerona con los pies descalzos estaba arreglando la habitación, cada molla de su voluminoso cuerpo se bamboleaba con enojo. Sin embargo, asqueado por la basura de la cocina, decidí pedirle ayuda a Lennox Howe, otro amigo mío. En pleno chapoteo en su bañera, me ofreció dos habitaciones de su propia vivienda, contándome historias espeluznantes de las fiestas nocturnas de Nicola celebradas delante de las narices de los anteriores inquilinos. Finalmente, llevaron mi equipaje a la nueva dirección. Y Nicola, que según él había interrumpido sus vacaciones en una isla para venir a mi encuentro, era libre de regresar a ella, con 300 dracmas de más.

El piso de Howe, situado en el sótano, resultó fresco incluso en días posteriores, durante uno de los agostos más calurosos que yo recuerde. Al principio, me dedicaba a tumbarme frente a un ventilador, incapaz de mover ni un solo músculo hasta la tarde. En la parte de atrás, un patio con viñedos daba acceso a un gran número de casas, cuya ropa tendida y otros detalles animaban la escena. También había por allí una cuadrilla de gatos flacuchos y pardos, ocultos en sus escondrijos, que se dedicaban a corretear día y noche entrando por puertas y ventanas formando una gran algarabía. Sin importarles los vidrios rotos del suelo, ni el arsé-

nico, ni la maraña de cables eléctricos, el objetivo final de estos voraces felinos era la cocina, donde derribaban platos, tazas y cazuelas en su afán por hacerse con las escasas provisiones de que disponíamos, las cuales, indefectiblemente, se estrellaban contra el suelo. Tal era el estropicio de sus acometidas que todas las noches dejábamos de manera furtiva la basura podrida, de gran poder magnético, en una calle cercana. A estos enemigos había que sumarles los gigantescos mosquitos, de unos cuatro centímetros, cubiertos de una armadura naranja, que surgían de cualquier rendija de la pared creando inquietud a la hora de la siesta o del baño. Se envió inmediatamente un telegrama a los señores Duckworth proponiendo un relato que seguramente interesaría a los lectores y que llevara por título:

ENTRE UN GATO Y UNA CUCARACHA:

Lucha por la Union Jack en una chabola ateniense

Sin embargo, en vista de los acontecimientos menos interesantes, aunque de mayor duración en el tiempo, ocurridos después, cambié de idea.

Durante la mayor parte de 1926, entre las visitas a Turquía y a los monumentos bizantinos de Grecia, Atenas se convirtió en mi hogar. Hubo tiempo para realizar visitas, para afianzar relaciones y hacer nuevas amistades. En la Legación de Su Majestad Británica había habido cambios en el personal. El embajador estaba de permiso y mientras los empleados campaban a sus anchas. Todas las noches nos reuníamos en el Zappeion, el Hyde Park de la capital, donde lo menos selecto de su población come y bebe junto a orquestas situadas entre los árboles y las arengas de oradores profesionales. Al concluir otra jornada, cuando los exhaustos camareros recogían las mesas de metal, el destino del hombre aguardaba aún nuestra decisión. El artífice principal de

la discusión era el primer secretario, un escocés, que se debatía entre el cinismo racionalista de su generación y su innato optimismo. Uno de sus comentarios aún resuena en mi cabeza: «Si Dios y su Majestad dejaran de existir, serían valorados de verdad».

El momento crucial de las mañanas era el club inglés, donde unos sándwiches de jamón, un cóctel de ginebra y una variedad de revistas, como *Pink' Un*, nos aliviaba de la deshidratación que nos producía un paseo de casi cien metros. Desde allí, el primer día fui a visitar al general Phrantzes, jefe de la casa militar del Presidente, para darle las gracias pues estaba en deuda con él por la acogida que me dispensó en el Pireo. Estaba instalado en el viejo palacio del rey Constantino, un espacioso edificio de mármol, mobiliario estilo Imperio, tapizado a todo lujo con original *chintz* victoriano. Más tarde me dirigí al Ministerio de Asuntos Exteriores para reunirme con George Mélas, quien fuera antiguo agregado en Londres. La comida se prolongó hasta las 5 de la tarde, bebiendo crema de menta y brindando por los viejos tiempos (a pesar de la temperatura de 40 grados a la sombra) y abundando en los ideales del venizelismo.

Los entresijos de la vida social ateniense suponen un difícil reto para alguien tan ambicioso como yo. Para la colonia inglesa la legación es la Meca. Sin embargo, la actual tradición antisocial de la oficina del Ministerio de Asuntos Exteriores hace que ésta sea un reducto cerrado y no un punto de encuentro. Porque, mientras en invierno se celebran las habituales fiestas propias de la temporada, de las cuales ni siquiera nuestros diplomáticos consiguen librarse, el verano viene marcado por un cambio en las actividades sociales en el club de golf. Se trata de un espacio vallado en la playa, a unos kilómetros de la ciudad, que podría ser de interés, llegado el caso, para el corresponsal extranjero del *Tatler*. Allí podría sorprender al embajador turco, un Falstaff de piel morena, departiendo alegremente con los *americaines* tras su recorrido de nueve hoyos; a

condes con monóculo de los Estados bálticos bajándose de su cochazos; a la sociedad cosmopolita helena ignorándose entre sí; y finalmente a Phyllis, una auténtica buscavidas, que se codea con princesas o millonarias tratándolas de igual a igual. En otros momentos Phyllis organiza a un puñado de refugiados menesterosos para que confeccionen telas artísticas, que ella vende a sus enemigos. Los cotilleos corren, aumentan, se agigantan. Desde Oslo a Teherán, los escándalos del viejo mundo se reciben alegremente, se entablan relaciones, se deshacen matrimonios, mientras el sol cae sobre Egina y la enorme cresta gris del monte Himeto adopta ese deslumbrante color petunia que los poetas han confundido con el violeta.

Abrumado por la culpa de una hospitalidad no correspondida, decidí en compañía de Howe, celebrar una fiesta del *mastika*,² una curiosa forma de entretenimiento en el Levante, que el mundo anglosajón ha incorporado últimamente a sus fiestas. Decidimos ponernos manos a la obra; en las ingratas labores de la casa, Agustina, la sirvienta, contó con la inestimable ayuda de amigos serviciales. Sobre nuestra mesa se desplegaron vinos de Creta y Samos, *ouzo* (aperitivo nacional), ginebra, whisky y vermouth; las puertas abatibles se abrieron y les dimos la bienvenida a nuestros treinta invitados con la mejor de nuestras sonrisas. Lo que tuvo más éxito fue la ginebra, considerada por las jóvenes griegas como un adelgazante, lo cual las ponía de un excelente humor. Todo el mundo que había llegado a las seis y media, permaneció hasta las nueve y cuarto, aunque se había sugerido en la invitación que la fiesta terminaría a las ocho. ¿Qué mayor cumplido podríamos haber recibido?

Con pena vi llegar el fin de mi breve estancia en Atenas. En esta urbe me encuentro como en casa; esa cuadrículada y mo-

2 Licor típico griego. (N. del T.)

derna ciudad denostada por eruditos itinerantes. Puede que allí consiga librarme de los cánones anglosajones. No tengo por qué ser ni un caballero ni un buen tipo. Me he convertido en uno más del resto de las personas, en lugar de una individualidad entre un millar. Me siento inglés sin tener que demostrarlo. Mi mundo de amigos desplazó al de los enemigos potenciales. Todo es así en el Levante. En cuanto a Atenas, aunque me encuentre enfermo cada dos por tres, tiene personalidad, ciudad inmutable llena de polvo y políticos, una fortaleza en medio de milenarias disputas banales, aguas insalubres, incómoda, pero llena de seres humanos, donde la influencia de Occidente no ha disminuido. Por su aspecto puede pasar por una ciudad bastante occidental, cuyo diseño moderno se produjo bajo el reinado de Otón I de Wittelsbach, en los años treinta.³ Era una época en la cual la reina Amalia se sentaba en su trono gótico en su casa de campo, también de estilo gótico, en la que su corte vestía el traje nacional, y en la que la duquesa de Plaisance introdujo normas sociales en las familias que habían traído la revolución y en los comerciantes que se habían beneficiado de ella. Una revolución que un observador político podría llamar balcánica o de los Balcanes, plagada de intrigas. Por otra parte, cuánta felicidad supone reunirse con el exiliado dirigente dodecanesiano Zervos, recién llegado de Inglaterra, y oír de sus labios la historia de su aventura matutina.⁴ Se trata de una historia que se fragua no en unos días, sino en unos años. Sin embargo, cuando otros pueblos se inquietan y maldicen, el griego sonrío, mostrando por el resto

3 Otón I, príncipe de Baviera, hijo de Luis I de Baviera, accedió al trono griego en 1832, a los 17 años. (*N. del T.*)

4 Fue a darse un baño antes de desayunar y, al zambullirse, descubrió en el mar todo el fondo cubierto de cristales rotos, que la legación italiana había depositado allí con calculada animosidad.

de la humanidad un desdén tal que, incluso un taxista cualquier llevará directamente al apesadumbrado pasajero a cualquier otra parte, convencido de que él sabe mejor que nadie lo que le conviene. Y en las estrechas calles atenienses, todos los umbrales y dinteles de mármol pentélico, todas las cornisas adornadas con acroteras han estado presentes desde antes de Cristo hasta en la más humilde de las casuchas del siglo xx, ¿dónde está Europa? Antes de que el sol salga, los vendedores ambulantes profieren los «gritos de Atenas» en los penetrantes semitonos de un pueblo que, como los judíos, no es de ningún sitio:

—¡Higos, higos frescos!

—¡Ollas y cazuelas!

—¡Compro bootas viejas!

—¡Se arreglan sillas!

—¡Preciosos encajes a un dracma el *ana*!

—¡Hielo! ¡Vendo hielo!

Todas las mañanas, a las ocho en punto el vendedor trae una barra de hielo y, cuando se la coloca en el pecho, casi, debajo de la barbilla, entona: «Hielo, vendo hielo (πάγος!, ó πάγος!)», como si estuviera encantado de su propia voz.

Es un hecho curioso que, formando parte, como lo hacemos, de un sistema educativo en gran medida basado en la cultura clásica, no se haga nunca ningún esfuerzo por comprender por ejemplo la psicología griega. El pedagogo profesional, en clara oposición al sentido común y a toda la ciencia de la antropología, afirma, sin ningún pudor, que los griegos actuales no están relacionados ni con la lengua, cuerpo o mente de los antiguos. Aún más, aunque cualquier estudiante de lenguas clásicas puede leer sin dificultad un periódico en griego moderno, la pronunciación que ha aprendido no sólo no la puede comprender un griego de hoy en día sino que no coincide con ese sonido tan poético, propio de la literatura griega. Sin embargo, no contento con este oscurantismo, el pro-

fesor anglosajón, con esa insufrible autosuficiencia de la que hace gala, incluso culpa al griego nativo por pronunciar su lengua de la manera en que lo hace. Y pese a ser consciente de que la escritura a mano ha existido durante más de mil años, él sigue obligando a sus sufridos alumnos a realizar sus ejercicios de inconexos y burdos jeroglíficos, desperdiciando de ese modo cinco minutos de cada diez dedicados a ello. Un caballero escribe de forma educada al *Times* sobre este asunto, y el director de Eton le responde en tono sarcástico que él no enseña griego para que sus alumnos puedan disfrutar de la hipotética ventaja de leer la prensa griega en lengua vernácula. Las humanidades, de hecho, quedarán consagradas para siempre como lo más pesado y repelente que la ignorancia del siglo xvi pudiera concebir. Así quedarán. Sin embargo, convendría llevar a cabo un análisis que aclare la importancia de los clásicos para la sociedad actual.

Es privilegio de los cultos, ocupados en quehaceres actuales, reafirmarse en el pasado. Hasta este momento la mayoría ha recurrido al caos de la fotografía de monumentos y a un tipo de investigación rigurosa sobre ese concepto que se llama Antigüedad. Nosotros, sin embargo, dueños del siglo xx, hemos tratado de ir más allá. Marchamos de la mano de la ciencia, la hija menor del racionalismo victoriano y que ahora reniega de su progenitor. El concepto tradicional del Mediterráneo se ha venido abajo. En su lugar nos queda la realidad pura y dura. «¿Existo o no?», se pregunta el filósofo de segunda fila, inmerso en una tarea prosaica. «¿Qué importa?», es la respuesta procedente de una punta del planeta. «Ahora avanzamos rápido con el alma, con el espíritu que te ha abandonado, viejo anquilosado, instrumento de poca utilidad». Sin embargo, ¿hacia dónde nos dirigimos? Conforme busco, necesito también mi pasado. Y finalmente lo encuentro, ahora y tal vez para siempre, en el Levante.

Cuando en el 330 d. C., año de la fundación de Constantinopla, los griegos relevaron al Imperio romano en el poder, la religión cristiana les instó a buscar con afán la Realidad. A fin de analizar la afinidad entre la civilización bizantina que surgió y la nuestra, se requiere algo más que este último párrafo. Sin embargo, si en las siguientes páginas se insiste demasiado en esa idea, ha de disculparse, pues se debe a una opinión personal. Porque, mientras la cultura clásica sigue inspirando a medio mundo a través de libros y monumentos, yo he elegido ocuparme de una comunidad viva y vinculada con el pasado, que se ha conservado hasta ahora gracias a un increíble conjunto de circunstancias. Hacia allá me dirijo, por tierra y mar, en lugar de hacerlo a través de las páginas de un libro o de las salas de un museo. Del Imperio bizantino, cuya vida ha dejado su impronta en el Levante y cuya moneda circulaba desde Londres hasta Pekín, el sagrado Monte Athos, solitario e impenetrable, conserva tanto la forma como el espíritu. Ha sido objeto de visita de arqueólogos y especialistas en el pasado y seguirá siéndolo en el futuro. Yo me he formado mi propia imagen. Pero si ésta resulta demasiado optimista o contiene excesivas referencias al pasado, recomiendo al lector que recuerde su época escolar y así lo comprenderá.